

# Mujeres, nativos y esclavos en *Sab*: espacio privilegiado y otredad colonial

**Kelly Comfort**

*Profesora e investigadora. Ivan Allen College, Georgia Tech.*

A lo largo de la historia literaria cubana, autores y críticos han celebrado la mezcla de razas como representativa del carácter nacional de la Isla. Tal tendencia se inicia ostensiblemente en «Nuestra América» de José Martí donde encontramos frecuentes alabanzas del mestizaje y un manifiesto deseo de unir las diferentes razas y clases contra el elemento extranjero que continuaba relegando a Cuba al estatus colonial. Más de medio siglo después, Alejo Carpentier en el famoso prefacio de *El reino de este mundo*, de 1949, consignará la presencia de lo «real maravilloso» en América y, por extensión, en la región caribeña ensalzándola como una zona que

por la virginidad del paisaje, por la formación, por la ontología, por la presencia fáustica del indio y del negro, por la revelación que constituyó su reciente descubrimiento, por los fecundos mestizajes que propició [...] está muy lejos de haber agotado su caudal de mitologías.<sup>1</sup>

\* Traducido del original «Colonial Others as Cuba's Protonational Subjects: The privileged Space of Women, Slaves and Natives in Gómez de Avellaneda's *Sab*», *Mester*, v. XXXII, Los Ángeles, 1993, pp. 179-94.

El ensayista cubano Roberto Fernández Retamar retoma estas ideas al afirmar que «existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, “nuestra América *mestiza*”». <sup>2</sup> Tales ejemplos tienden a que sea un lugar común en los estudios históricos y literarios discutir el mestizaje como una característica definida de la identidad nacional cubana.

Este trabajo <sup>3</sup> examina una obra literaria escrita más de cuatro décadas antes de la abolición de la esclavitud (1886) y más de medio siglo antes de que Cuba obtuviera su independencia de España (1898). A pesar de su temprana fecha de publicación (1841), *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Arteaga, opera como importante punto de partida en la trayectoria ulterior de la abigarrada herencia cultural cubana. La autora, criolla blanca, visionariamente conjunciona la intersección del discurso abolicionista y el reclamo de una nación multirracial en su construcción de un sujeto autóctono heterogéneo, el que, al simbolizar el palimpsesto de los «otros» oprimidos tuviera como objetivo conducir a su país hacia la independencia y la nacionalidad. La novela

enfatisa en la supresión de los «comerciantes de carne humana» y los traficantes inescrupulosos foráneos, a la vez que incorpora al nuevo espacio imaginado, aquellas «raza(s) infelices privadas de derechos»: «razas» dentro de las cuales —en la definición extensiva de la novela— incluye nativos y negros esclavos. Gómez de Avellaneda no dibujará «su» nación con rasgos étnicos, raciales o de género; más bien su isla llegará a ser un país independiente donde las utilidades que se intercambien no incluyan esclavos o mujeres, y los asuntos internos no sean más objeto del control comercial patriarcal extranjero.<sup>4</sup>

Mientras los especialistas han tratado insistentemente el antiesclavismo y abolicionismo de la Avellaneda, resuelto en la escritura de *Sab*, la más reciente crítica ha reorientado su interés al espacio en el cual la oposición al esclavismo se une a una condena, incluso más intensa, a la servidumbre femenina.<sup>5</sup> Las tendencias de la crítica, hoy por hoy, han consistido en explicar los diferentes ataques de *Sab* a la «esclavitud y el racismo junto con el matrimonio y la sujeción de la mujer»,<sup>6</sup> «la injusticia de toda servidumbre»,<sup>7</sup> «raza y privilegio sexual»,<sup>8</sup> «un sistema general de relaciones sociales binarias, estéticas, entre luz y sombra, hombre y mujer, amos y sirvientes».<sup>9</sup> La diferencia más notoria entre mi estudio y la crítica anterior se puede entender en mi énfasis en la importancia de los argumentos anticoloniales y protonacionales del relato. Examinaré la forma en que el panorama colonial de la Isla dio datos a Gómez de Avellaneda sobre el trato a los oprimidos e incitó su visión utópica de Cuba como una nación independiente. En un intento de investigar los puntos de vista de la autora, cuándo, dónde y cómo los concibió, mi análisis discutirá la manera en que las ideas de la novela se transforman e interseccionan dentro de los amplios debates sobre política económica de la esclavitud y el colonialismo sustentados por sus contemporáneos respecto a tópicos tales como el destino de la institución esclavista en la Isla, la relación de Cuba con la metrópolis, el mercado internacional y el crecimiento de una sociedad heterogénea.

En su esfuerzo por forjarse un modelo del sujeto protonacional que ocuparía la imaginada nación cubana, Gómez de Avellaneda comienza deshaciendo, desde el mismo principio de la novela, el doble rasero con que los blancos sustentan sus derechos como *sujetos* que usan, venden y controlan a los esclavos a manera de *objetos*. Si tomamos, en este sentido, al protagonista como nuestro primer ejemplo, veremos que la «negritud» de Sab, la marca visual distintiva de la persona esclava no es evidente de acuerdo con lo que se demuestra en la escena de apertura donde pasa, con éxito, como un hacendado. La narradora describe su apariencia de manera confusa:

No parecía un criollo blanco, tampoco era negro ni podía creerse descendiente de los primeros habitantes de las Antillas. Su rostro era un compuesto singular en que se descubría el cruzamiento de dos razas diversas, y en que se amalgamaban, por decirlo así, los rasgos de la casta africana con las de la europea, sin ser no obstante un mulato perfecto.<sup>10</sup>

La indefinición racial de Sab es el primer paso en el intento de la Avellaneda por desarticular el apuntalamiento de la malvada institución. Conuerdo con la explicación de Doris Sommer de que Sab funciona como la «nueva encarnación de un extinto aborigen cubano, el cual va más allá o viola las categorías raciales estrictas, conformadas por el trabajo esclavo».<sup>11</sup> Su naturaleza híbrida rompe la oposición binaria necesitada por los patriarcas colonizadores dueños de esclavos para justificar y perpetuar su poder. En el escenario colonial de la Isla, donde «la división de blancos y no blancos era [...] celosamente guardada por el Estado colonial y la élite blanca»,<sup>12</sup> la decisión de Gómez de Avellaneda de crear ambigüedad visual con respecto al color de la piel de Sab es en verdad significativa. La autora subraya, más bien, el elevado y único estatus social de Sab yuxtaponiendo su «lenguaje y [...] educación que no corresponden a la clase», formas aristocráticas, «grandes sentimientos», masculinidad y «alma superior», en contraste con su cuerpo «esclavo y villano». La «blancura interior» de Sab y su apariencia, con tan solo un vestigio «negro», sirve para rebatir y minar la autoridad mediante la cual los blancos se elevan sobre los negros esclavos.<sup>13</sup> Como Sommer observa con perspicacia «el tipo racial e histórico de Sab resulta de por sí una tan íntima amalgama de términos que ha producido un tipo “autóctono” único»,<sup>14</sup> que servirá eventualmente como símbolo ideológico y visual de la *cubanidad*.<sup>15</sup>

Gómez de Avellaneda no solo intenta destruir las categorías de amos y esclavos, sujetos blancos y objetos negros, sino que también procura desestabilizar el poder del hombre a través de la valoración de las mujeres (Sab es la única excepción aquí). Para subrayar su opinión negativa de la sociedad patriarcal, colonial y esclavista, borra casi por completo las figuras maternas, factor que contribuye, al menos en parte, al trágico sino de sus protagonistas. Carlota ha estado por cuatro años sin «la más tierna de las madres» y la «desgraciada madre» de Sab murió en sus brazos. Esta carencia se esboza como un resultado negativo de la dominación del hombre, realidad subrayada por las descripciones del suelo «virgen» de Cuba, amenazado y explotado. Finalmente, la Avellaneda sugiere la posibilidad de la independencia y el mejoramiento, por medio de una vuelta a la tierra virgen, a la madre común, a la nativa Cuba, y de tal modo erige su nación ficcionalizada. Así, a pesar de la abundancia de tipos trágicos entre sus personajes,

la autora construye posibilidades de esperanza hacia el porvenir. El futuro dibujado por ella —en parte una vuelta al pasado— comienza en el momento en que Sab le dice a Martina: «Sed mi madre, admitidme por vuestro hijo». Que Sab elija a Martina es significativo en cuanto esta suplanta a su difunta madre africana, una princesa de El Congo, a través de las características de una madre cubana primigenia, precolonial. Martina, quien posee solo un nieto, después de haber perdido a todos sus hijos «nativos», supuestamente acepta la adopción de Sab, de manera que permite a Gómez de Avellaneda continuar su dibujo de una Cuba independiente y protonacional cuya feminización y despatriarcalización resultan también notorias.

Sommer apoya este aserto al afirmar que Martina «la señora de Cubitas es una inspiración para luchar en cierto modo por la independencia de la servidumbre». <sup>16</sup> Esta mezcla de madre «nativa» e hijo mestizo allana el terreno a la posibilidad de la conformación del sujeto protonacional en una nueva Cuba; a través del nexo familiar, Sab llega a ser «tan legítimo y autóctono en este Nuevo mundo como lo fueron los indígenas [...] dueños de la isla». <sup>17</sup> Martina provee a Sab de un «renacimiento» metafórico que le permite sustituir lo que había perdido, esto es, un país o lugar de origen que pueda sentir como el suyo propio. Así, a pesar de la denuncia inicial de Sab: «Yo no tengo padre ni madre [...] soy solo en el mundo: nadie llorará en mi muerte. No tengo tampoco una patria que defender, porque los esclavos no tienen patria» (p. 107), la elección de Martina como madre adoptiva lo provee de un lugar de nacimiento en Cuba. Gómez de Avellaneda articula las causas de esclavo y nativo en esta unión madre-hijo (la cual tuvo lugar en el sitio simbólico de Cubitas), para que ellos se unan contra su enemigo común: los colonizadores españoles.

En verdad, los colonizadores fueron responsables del exterminio de los indígenas y la importación de esclavos a la Isla. En *Cuba: from Conquistador to Castro*, Geoff Simons explica cómo ambos sucesos se interrelacionan.

La embestida de los españoles sobre las comunidades indias del Caribe continuó por algunas décadas [1530-1560] hasta que el exterminio virtual de la población india de las islas estimuló a los españoles cristianos a importar esclavos de África. Los múltiples ataques europeos a los pueblos indígenas no produjo otra cosa que genocidio. <sup>18</sup>

Al reconocer este severo decrecimiento de la población nativa, la autora deja en un sitio equívoco la pretensión de Martina sobre su origen «indígena». «¿No pretende ser descendiente [Martina] de la raza india y aparenta un aire ridículamente majestuoso?», pregunta don Carlos. Sab le responde que los estancieros de Cubitas la creen «realmente descendiente de aquella raza desventurada, casi extinguida en esta Isla» (p. 72).

Aunque la novela nunca revela si la pretensión del origen de Martina es o no legítima, esta sugerencia parece ser un paso crucial en la redefinición de lo que constituye un «nativo» cubano. Yo insinuaría que la novela define como «nativos» a los nacidos en suelo cubano, y cataloga de «otros» a los extranjeros europeos a quienes excluye. Esta promoción del nacionalismo criollo constituye un importante paso en imaginar una Cuba independiente porque el lugar de enunciación no resulta ya España sino la Isla, y es el «nativo» quien actúa como el «yo» que define a España o a Europa como «otro». <sup>19</sup>

Además el sujeto «nativo» sirve para simbolizar un nivel de igualdad no encontrado bajo el sistema colonial y por consiguiente sin verificación en la novela. Esto se ejemplifica mejor cuando Sab habla acerca de las expectativas de Martina de que «la tierra que fue regada con sangre una vez, lo será aún otra: los descendientes de los opresores serán oprimidos, y los hombres negros serán los terribles vengadores de los hombres cobrizos» (p. 73), y entonces puntualiza que no será él quien dirija una rebelión, al contrario de estas expectativas en una venganza activa conducida por esclavos: «Tranquilizaos, Teresa, ningún peligro os amenaza [le dice Sab]; los esclavos arrastran pacientemente su cadena: acaso solo necesitan para romperla, oír una voz que les grite: “¡sois hombres!”», pero esa voz no será la mía, podéis creerlo» (p. 97). <sup>20</sup> Aun cuando Sab salga en auxilio de los nativos repetidamente (por ejemplo, al solicitar dinero a don Carlos para dárselo a Martina, salvar a Luis y a Leal del fuego, construir y proveer una nueva casa para Martina), rechaza *in activo*, promover cambios a través de la rebelión. Gómez de Avellaneda prefiere efectuar cambios a través de lo que Sommer refiere como «un matrimonio de signos». En vez de vengarse de los blancos dueños de esclavos, Sab desea desposar a Carlota, la hija de su antiguo dueño. Conociendo, sin embargo, que ese amor resultará fallido, dice a Teresa:

Entonces recordé también que era el vástago de una raza envilecida, entonces recordé que era un mulato y esclavo... Entonces mi corazón abrasado de amor y de celos, palpité también por primera vez de indignación y maldije a la naturaleza que me condenó a una existencia de nulidad y oprobio; pero yo era injusto, Teresa, porque la naturaleza no ha sido menos nuestra madre que la vuestra... Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre común, que en vano les ha dicho: «sois hermanos». La imbecil sociedad, que nos ha reducido a la necesidad de aborrecerla y de fundar nuestra dicha en su total ruina. (p. 97. Énfasis mío. K.C.)

La referencia a la «madre común» conduce la ya compleja metáfora familiar a un nuevo paso. Martina y Sab no solo están unidos en una relación madre-hijo sino que el nexo se fortalece por su enlace a una «madre común», quien asegura que cada miembro de esta familia sea el igual de los otros. Así, a pesar de la frustrada fusión de Sab y Carlota en el sentido romántico se juntan, sin

**Mientras los especialistas han tratado insistentemente el antiesclavismo y abolicionismo de la Avellaneda, resuelto en la escritura de *Sab*, la más reciente crítica ha reorientado su interés al espacio en el cual la oposición al esclavismo se une a una condena, incluso más intensa, a la servidumbre femenina.**

embargo, en un nexo de familia, metafóricamente, como «hermanos», y de forma literal como primos, aunque Sab no esté al corriente de la identidad de su padre, no comparta el conocimiento del lector ni esté al tanto de la sospecha de Carlota sobre este parentesco.

Carlota se convierte así en el último miembro necesario para completar el modelo de consolidación y redefinición nacional del «nativo» que esta novela perfila. Al ser una mujer, es explotada e impotente en esa «atmósfera mercantil y especuladora» que se orienta en provecho del hombre blanco. En este sentido, donde los enemigos de Martina serían los colonizadores, y los de Sab, los dueños de esclavos; Carlota es subyugada y esclavizada por los mercaderes y esclavistas extranjeros, más en claro, por su esposo y su suegro. De hecho, Enrique «demasiado adoctrinado en el espíritu mercantil y especulador» (p. 47), y su padre, Jorge, «pegado a la tierra y alimentado de positivismo» (p. 137), representan las fuerzas negativas que roban a las hermanas de Carlota su herencia y las convierten en mujeres pobres, víctimas ciegas, semejantes a esclavos. Sab declara con justeza que Enrique tomará a Carlota «por mujer, como un género de mercancía, por cálculo, por conveniencia, haciendo una especulación vergonzosa del lazo más santo, del empeño más solemne» (p. 109). Así, la obra lanza una dura crítica al mundo patriarcal y capitalista que determina los sins trágicos de los discriminados personajes femeninos.

Resulta revelador que los sujetos que dominan y se benefician dentro del marco de la novela, esto es, los capitalistas extranjeros, pero también los colonizadores españoles, sean aquellos que se irían al exilio si Cuba ganara la independencia deseada o imaginada. Da la impresión de que Gómez de Avellaneda ataca los dos sistemas (esclavista y capitalista) en terrenos similares: la explotación de los esclavos en el primer ejemplo y de las mujeres en el último, justo cuando comienza, a paso lento, el tránsito del trabajo esclavo al asalariado. El ataque dual de la novela contra los capitalistas extranjeros y los promotores y sostenedores de la esclavitud corresponde a la intersección de raza, economía y estatus colonial-nacional durante la primera mitad del siglo XIX, en el discurso cubano y español.

Christopher Schmidt–Nowara señala la relación mutua de estos factores cuando habla de los esfuerzos de la Sociedad Abolicionista Española para poner fin al esclavismo en Cuba y Puerto Rico, y afirma que tal objetivo «se encontró con resistencia masiva, en España y en las colonias ya que amenazaba las bases mismas de la hegemonía política y económica del sistema imperial».<sup>21</sup> Esta aseveración sugiere que la esclavitud fue atrapada con simultaneidad en el complejo entramado de intereses concernientes al desarrollo capitalista y a la naturaleza del gobierno colonial. De algún modo, fue vista por muchos como esencial en la prosperidad de la oligarquía azucarera cubana. Consecuentemente, a pesar de la creencia de que la esclavitud era incompatible con la causa de la independencia nacional, las consideraciones económicas remplazaron las preocupaciones morales y protonacionales, provocando que muchos la defendieran en el terreno económico. Por otra parte, algunos abolicionistas, cubanos y españoles, firmes defensores de la economía de mercado «criticaron las estrategias dominantes de acumulación de capital en España y las Antillas y buscaron transformarlas a partir de la abolición de la esclavitud y la apertura de mercados libres».<sup>22</sup> Es significativo comprender que el nuevo auge protonacional está orientado a un ataque, en específico, contra los capitalistas británicos. Parece que Gómez de Avellaneda recuerda el momento histórico en que «[S]i España era la metrópoli política, Inglaterra fue la metrópoli económica y no solo comercial, racionalizando y jerarquizando el entramado de la economía exterior de la isla de Cuba en Europa».<sup>23</sup> A mitad de siglo «capitalismo y esclavismo resultaban incompatibles»;<sup>24</sup> «el éxito del comerciante sería el contrapeso del fracaso del viejo hacendado» en tanto los comerciantes y traficantes costeros alcanzaron un poder económico equivalente a la vieja oligarquía azucarera.<sup>25</sup>

La escritora cubana rechaza la dependencia con respecto al trabajo esclavo aunque también critica el cariz capitalista y neocolonial de los Otway en particular y los comienzos de la transición de Cuba a la economía de mercado, en general. Para comprender su posición sería útil señalar que el grupo delmontino (tendencia

antiesclavista contemporánea suya) existía en Cuba antes de la publicación de *Sab* en 1841; Gómez de Avellaneda no formaba parte de él, por muchas razones, esto es, «su juventud, su género y el hecho de que ella provenía del centro del país que estaba a una razonable distancia de La Habana y cuya principal industria consistía en la ganadería, no el azúcar».<sup>26</sup> La geografía también desempeñó un papel influyente en los puntos de vista de la autora en relación con el dominio español y la esclavitud.<sup>27</sup> En gran medida, repite la postura de muchos cubanos del centro y oeste de la Isla, quienes, como explica Louis A. Pérez Jr.,

con menos esclavos y gran número de gente de color [eran] generalmente menos simpatizantes de la esclavitud, menos atados a la producción de azúcar y menos comprometidos con las estructuras coloniales de las cuales dependían la esclavitud y la producción de azúcar.<sup>28</sup>

De ahí que la Avellaneda esté a favor de la abolición y la independencia aunque, por otra parte, lamente el incremento del cariz capitalista en la Isla. Mientras que el llamado a la abolición se alimentaba históricamente de intereses económicos y el deseo de que Cuba fuera más industrializada si quería ser más próspera, la autora solo aduce al respecto razones morales en su elogio de Sab. En contraste con la afirmación de Raúl Cepero Bonilla, en *Azúcar y abolición*, de que las causas del llamado gradual al abolicionismo entre los dueños de plantación puede ser encontrado «en la economía de la sociedad cubana y no en los sentimientos de su heterogénea población», Gómez de Avellaneda critica estos nuevos motivos económicos y reflexiona sobre las urgencias de esa «heterogénea población» con respecto tanto a sexo como a raza.

Diversos enfoques críticos se perciben en el personaje de Carlota, cuyas fantasías sobre libertad e igualdad, aunque no estén focalizadas de inicio hacia las mujeres, sí se dirigen a sus contrapartes oprimidas: los esclavos y los nativos. Carlota dice:

Cuando yo sea la esposa de Enrique [...] ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros. ¿Qué importa ser menos ricos? (p. 57).

Por otra parte admite:

Lloro sí, al recordar una raza desventurada que habitó la tierra que habitamos. Aquí vivían felices e inocentes aquellos hijos de la naturaleza: este suelo virgen no necesitaba ser regado con el sudor de los esclavos para producirles: ofreciales por todas partes sombras y frutos, aguas y flores, y sus entrañas no habían sido despedazadas para arrancarle con mano avara sus escondidos tesoros» (p. 77. Énfasis mío. K.C.).

Empleando un lenguaje rico en metáforas, que acusa, ora despojo, ora violación, Carlota da testimonio de su posición en contra de las injusticias sufridas por Sab y

Martina. La crueldad que estas contrapartes suyas han padecido como resultado de la «mano avara», no se diferencia, sin embargo, de la que ha sufrido ella, porque como no sin acierto subraya Kirkpatrick, el matrimonio arranca a Carlota del «jardín virgen» para transplantarla al «mundo de mercado».<sup>29</sup>

Carlota no alcanza a comprender lo injusto de su situación hasta que lee la carta de Sab y escucha las palabras postreras de Teresa. Esta se lo explica más directamente:

Quiera Dios que no vuelvas algún día los ojos con dolor hacia el país en que has nacido donde aún se señalan los vicios, se aborrecen las bajezas y se desconocen los crímenes: donde aún existen en la oscuridad virtudes primitivas. Los hombres son malos, Carlota, pero no debes aborrecerlos ni desalentarte en tu camino. Es útil conocerlos y no pedirles más que aquello que pueden dar: es útil perder esas ilusiones que acaso no existen ya sino en el corazón de una hija de Cuba. Porque hemos sido felices, Carlota, en nacer en un *suelo virgen*, bajo un cielo magnífico en no vivir en el seno de una naturaleza raquíutica sino rodeadas de todas las grandes obras de Dios. (p. 138. Énfasis mío. K.C.)

Después de estas palabras y de la lectura de la carta de Sab, Carlota vuelve al *suelo virgen*, es decir, a Cubitas, a buscar a Martina. Para procurarse un solaz contra el desastre matrimonial —como lo prueba, en verdad, el sentido exacto de la novela «matrimonio de signos»— y a la vez por fidelidad a su compromiso con los nativos y esclavos, Carlota abandona el mundo frío y mercantil de Enrique Otway, y regresa al bravío y agreste interior de Cubitas.<sup>30</sup> Si recordamos las fantasías iniciales de ella sobre la fidelidad matrimonial que interiorizaba en su primer viaje a Cubitas —«¡Oh, Enrique!, lloro no haber nacido entonces y que tú, indio como yo, me hicieses una cabaña de palmas en donde gozásemos una vida mejor, de inocencia y de libertad» (p. 74)—, podremos comprender mejor la progresión que experimenta desde un romanticismo *naïf* a un realismo desilusionado. Muchos críticos han notado que este pasaje refleja en Carlota (y por extensión en Gómez de Avellaneda) el rudimento de una «utopía pre-europea de paz y armonía con la naturaleza»,<sup>31</sup> y además su deseo por «la posibilidad de existencia fuera de la historia y la sociedad, en la cual, unidad, igualdad y felicidad son simplemente las condiciones del paraíso natural como ella consideraba que era Cuba antes de la conquista europea».<sup>32</sup> Por otra parte, Steven Skattebo encuentra en el pasaje un «doble sentido de nostalgia» tanto en lo concerniente a la Cuba conocida por la autora desde la niñez, como en relación con un «paraíso anterior a la conquista», imaginado por ella.<sup>33</sup>

En verdad, el llamado de Gómez de Avellaneda por una Cuba independiente posee tonalidades nostálgicas, aunque no muy bien definidas. En este sentido, imagina una nación autónoma que asemeja el

pasado precolonial y presclavista más que la imagen de la naturaleza capitalista creciente que hubiera podido reflejar. Esto queda demostrado cuando Carlota vuelve, al término de la narración, a la simbólica Cubitas, el espacio idealizado de la «pequeña Cuba». En esa escena, «circulaba rápidamente la voz de un acontecimiento maravilloso»: los estancieros del lugar confunden a Carlota con el espíritu de Martina, muerta poco tiempo atrás, porque encontraban más lógico que la madre adoptiva de Sab se levantara de la tumba para homenajearlo, que Carlota, una mujer blanca criolla y antigua ama de Sab no hubiese olvidado al esclavo bajo «la cruz de madera que señalaba la sepultura» (p. 147). De acuerdo con el agudo análisis de Skattebo, esta escena final refleja «más que un simple error de identidad por parte de los cubiteros», un contenido de «identificación simbólica» en Carlota al remplazar a Martina y/o la «guaca», un término que se refiere a «una luz que aparece por la noche asociada por lo general con los lugares de sepulturas indígenas o tesoros enterrados».<sup>34</sup> Recordemos la historia narrada por Sab en el primer viaje a Cubitas acerca de una luz intensa, considerada por los aldeanos el espíritu del cacique Camagüey que realiza un recorrido nocturno desde la colina donde fuera arrojado por los conquistadores españoles (pp. 72-3). De nuevo, Gómez de Avellaneda yuxtapone al mundo mágico de Cubitas la historia de una maravillosa visión nocturna.

El relato de la luz relumbrante «se abre en una gama de diferentes mensajes: Sab remplace a Camagüey, la luz de la *guaca* se fusiona a Martina, también a Carlota. Carlota en su condición de criolla se entusiasma con la identidad que emana [...] de la tierra, la identidad de los elementos indígenas y africanos de Cuba».<sup>35</sup> De esta manera, la autora «crea un propósito simbólico, una unión espiritual, una transculturación y ensanchamiento de identidad». Une, además, la figura de Carlota a la de los nativos y esclavos al designar así a esta hija de Cuba como un miembro decisivo del sujeto cubano «nativo» redefinido. Sin embargo, el mundo vivo de la novela —la patriarcocracia esclavista dominante— convertirá a los héroes en víctimas dentro de la narración. Gómez de Avellaneda no puede dibujar la unión de Sab, Martina y Carlota, sino solo simbólicamente en las tumbas de Sab y Martina. El mundo que desean no ha sido aún obtenido, pero la semilla ha quedado plantada en la tierra que los lectores heredarán y cultivarán.<sup>36</sup>

Juzgo notable que ya en 1841 Gómez de Avellaneda fuera capaz de señalar un futuro para Cuba tan cercano a las realidades históricas siguientes. No solo la abolición llegó a ser un requisito imprescindible en el logro de la independencia, sino también los sentimientos protonacionales vinculados a la idea de unión nacional.

Sin desestimar los frecuentes debates hechos en torno a que el «discurso de *mestizaje* ha tenido un valor corriente peculiar en Cuba [y] ha sido quizás el principal significante de la identidad de la cultura nacional»,<sup>37</sup> resulta indispensable que se comprenda cómo la visión de cubanidad propuesta en *Sab* consiste en una versión de mestizaje que demanda igualdad étnica, racial y de género, así como compromiso común con la nación cubana imaginada.<sup>38</sup> Si volvemos a una de las descripciones iniciales de la novela, «No parecía un criollo blanco, tampoco era un negro, ni podía creérsele descendiente de los primeros habitantes de las Antillas», reconoceremos que Gómez de Avellaneda indica desde el principio que está intentando fusionar los intereses de las diferentes razas encontradas en Cuba. Debido a que no se aviene a una categoría racial reconocible, Sab sintetiza las tres: los blancos criollos, el negro, el indio. De acuerdo con Gómez de Avellaneda, Sab, Martina, su «madre adoptiva» y Carlota «hija del trópico», serían juntos el sujeto protonacional cubano *par excellence*. No obstante, este nuevo sujeto híbrido no puede tener éxito en el marco de la novela porque sus partes constitutivas no representan el discurso hegemónico de la colonia cubana. A pesar de eso, son figuras que se reincorporarán a la futura nación, aquella cuyo sujeto ideal sería un agregado de los miembros oprimidos de su presente. Así, Gómez de Avellaneda, al mezclar conceptos de autonomía y autoctonía, da vida a un poderoso discurso contrahegemónico, que además de antiesclavista y protofeminista, promueve también el protonacionalismo.

Traducción: Pedro Llanes Delgado.

## Notas

1. Las referencias en inglés a los textos de Carpentier se contrastaron contra *El reino de este mundo*, (edición facsimilar), Letras Cubanas, La Habana, 2004. [N. del T.] La cita en p. 88.
2. Cotejada contra «Calibán», *Órbita de Roberto Fernández Retamar*, Ediciones Unión, La Habana, 2001. [N. del T.] La cita en p. 4.
3. Quiero agradecer a Neil Larsen, Ana Peluffo y Chuck Walker por sus atentas y útiles sugerencias en las diferentes etapas de este estudio.
4. *Sab* fue originalmente publicada en España donde Gómez de Avellaneda vivía entonces. En consecuencia, como explica Nina M. Scott, la autora «tuvo la ventaja de estar en España y vivir bajo el gobierno liberal de la Reina Regente, María Cristina; la publicación de un trabajo antiesclavista fue posible en España, como sitio opuesto a Cuba, donde no era posible» (Nina M. Scott, «Introduction», en Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab and Autobiography*, University of Texas Press, Austin, 1993, p. xxi). De hecho, *Sab* no se publicó en Cuba hasta 1914, en el centenario del nacimiento de la Avellaneda, debido a que la novela había sido clasificada por las autoridades coloniales de Cuba como portadora de «doctrinas subversivas

Kelly Comfort

al sistema de la esclavitud y contraria a la moral y las buenas costumbres» (Ibíd., p. xv).

5. Uno de los más importantes estudios de criticismo de género es el de Susan Kirkpatrick «Feminizing the Romantic Subject in Narrative: Gómez de Avellaneda» (*Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1890*, University of California Press, Berkeley, 1989), en el cual afirma con acierto que la príncipeña posee «una perspectiva doblemente marginalizada —como mujer y como sujeto de su mundo colonial— que la dotan de una conciencia crítica de la hegemonía metropolitana blanca, masculina» (p. 135), aunque focalice más en materia de género que en lo concerniente a su estatus colonial, al concluir que el manejo que hace de Sab y de los argumentos abolicionistas funcionan simplemente para enmascarar sus propias ideas, amén de vehículo de protesta feminista (pp. 156-7). De manera similar, Lucía Guerra en «Estrategias femeninas en la elaboración del sujeto romántico en la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda» (*Revista Iberoamericana*, n. 51, Pittsburgh, 1985, pp. 707-22) discute el valor en la novela de la estructura del palimpsesto para crear el sujeto romántico, dentro de la que considera, inteligentemente, la coincidencia de intereses entre Sab, Martina y Carlota, pero reduce el mensaje de la novela a la noción de que «la esclavitud más intolerable es aquella de la mujer blanca en la sociedad burguesa» (p. 713). También argumenta que el tema dominante es el de la esclavitud de la mujer, por lo que disminuye el significado de los sentimientos abolicionistas, y pasa por alto el protonacionalismo de la obra.

6. Susan Kirkpatrick, ob. cit., p. 151.

7. Pedro Barreda Tomás, «Abolicionismo y feminismo en la Avellaneda: Lo negro como artificio narrativo en *Sab*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 342, Madrid, diciembre de 1978, p. 619.

8. Stacey Schlaw, «Stranger in a Strange Land: The Discourse of Alienation in Gómez de Avellaneda's Abolitionist Novel *Sab*», *Hispania*, a. 69, n. 3, Walled Lake, Michigan, septiembre de 1986, p. 495.

9. Doris Sommer, «*Sab, c'est Moi*», *Genders*, n. 2, Boulder, julio de 1988, p. 119.

10. Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*, Arte y Literatura, La Habana, 1976, p. 28. En lo adelante, solo se indicarán las páginas entre paréntesis. Las referencias a la novela provenientes de una versión en inglés no especificada, fueron cotejadas por mí contra la citada edición cubana, con prólogo y anotaciones de Mary Cruz. [N. del T.]

11. Doris Sommer, ob. cit., p. 113.

12. Christopher Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery: Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1999, p. 8.

13. Un factor que contribuye a la elevación del estatus social de Sab es el hecho de que él es un aristócrata por la ascendencia de ambos padres. Así, desde una perspectiva de clase, él merece las múltiples alabanzas que recibe. Consecuentemente, mientras la Avellaneda intenta eliminar una jerarquía basada en raza, género y etnos, esta, en sí misma, nunca es cuestionada.

14. Doris Sommer, ob. cit., p. 122.

15. En español en el original. [N. del T.]

16. Doris Sommer, ob. cit., p. 115.

17. Doris Sommer, ob. cit., p. 114.

18. Geoff Simons, *Cuba: From Conquistador to Castro*, St. Martin's, Nueva York, 1996, pp. 94-5.

19. En este sentido el énfasis de Kirkpatrick y Guerra sobre la notoriedad de la existencia del sujeto romántico femenino confluye con mi análisis. Tal como el «yo» femenino ocupa un espacio anteriormente dominado por los hombres en la lectura de ellos, asimismo el sujeto cubano redefinido usurpa el poder de la voz narradora de los colonialistas españoles y los comerciantes británicos en mi interpretación.

20. Hay razones históricas obvias por las cuales la Avellaneda pudiera haberse sentido poco interesada en definir a Sab como el dirigente de una sublevación de esclavos, debido «al miedo a las sublevaciones de esclavos [que] se esparcieron en la primera mitad del siglo XIX como resultado de la exitosa Revolución haitiana (1791-1803) y a la alarma negrofóbica de "africanización de Cuba" producida por las demandas siempre crecientes de esclavos de labor que acompañó a la rápida expansión de la industria azucarera cubana» (Vera Kutzinski, *Sugar's Secrets: Race and the Erotics of Cuban Nationalism*, University of Virginia Press, Charlottesville, 1993, p. 5). La narradora consigna el antiguo miedo al describir a don Carlos como caso típico de los cubanos que «siempre alarmados [...] después del espantoso y reciente ejemplo de una isla vecina, no oían sin terror en la boca de un hombre del desgraciado color cualquiera palabra que manifestase el sentimiento de sus degradados derechos y la posibilidad de reconquistarlos». En respuesta a este asunto, Jill Ann Netchinsky señala que los cubanos más ricos prefirieron: «ponerse bajo la protección del ejército español que arriesgarse a la ruina en una posible república repleta de blancos libres» («Engendering a Cuban Literature: Nineteenth-Century Antislavery Narrative (Manzano, Suárez y Romero, Gómez de Avellaneda, A. Zambrana)», *Disertación en la Universidad de Yale*, 1986).

21. Christopher Schmidt-Nowara, ob. cit., p. 1.

22. Ibíd., p. 12.

23. Ángel Bahamonde y José Cayuela, *Hacer las Américas: Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza, Madrid, 1992, p. 66.

24. Mercedes Rivas Muñoz, *La narrativa antiesclavista cubana (1838-1882)*, Editorial de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1989, p. 4.

25. Ángel Bahamonde y José Cayuela, ob. cit., p. 27.

26. Nina. M. Scott, ob. cit., p. xx.

27. La publicación, en 1879, del *Diario de sesiones del Senado* del senador Ruiz Gómez, informa que en 1841 había en Cuba 418 291 blancos, 152 838 negros y 436 495 esclavos africanos (Roberta Mesa, *El colonialismo en la crisis del XIX español*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1990, pp. 66-7). De esta forma, los negros, libres y esclavos, comprendían más de la mitad de la población total de la Isla en el año en que *Sab* fue publicada. A pesar de que eran más numerosos que los blancos, las diferencias regionales afectaron la distribución de la población. De acuerdo con el censo de 1841, los blancos comprendían 38,62% de la población del oeste de la isla, los negros libres, 10,50%, y los esclavos 50,80% en esta región. De la misma forma, en el oriente de Cuba los blancos (33,50%) eran minoría en comparación al número compuesto por los negros libres (30,39%) y esclavos (36,09%). En el centro insular, sin embargo, la población blanca (58%) era considerablemente más grande con respecto a los negros libres (16,14%) y esclavos (25,64%) (María Dolores Pérez Murillo, *Aspectos demográficos y sociales en la isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1988, pp. 52-6).

28. Louis A. Pérez, Jr., *Cuba: Between Reform and Revolution*, Oxford University Press, Nueva York: 1988, p. 91.

29. Susan Kirkpatrick, ob. cit., p. 149.

30. Steven Skattebo hace un excelente análisis del significado de Cubitas; afirma que «lo que se exalta a menudo en la novela no es la vitalidad de Cuba en general, sino más bien un espacio específico, el interior rural, Cubitas: “pequeña Cuba”, el sitio de unos pequeños terrenos agrícolas y naturaleza bravía, salvaje» («Green Romanticism: Ecocentric Identity in Gertrudis Gómez de Avellaneda’s *Sab*», *Hispanic Journal*, v. 20, n. 1, Indiana, Penn., primavera de 1999, p. 191). Por otra parte, advierte «una progresión en la novela donde se compara la ruta de entrada de la monocultura europeizada, desde las áreas costeras —punto de entrada de la europeización— hasta la agricultura varía de Bellavista y finalmente a los yermos indómitos de Cubitas» (p. 191). Dada esta progresión, el retorno de Carlota a Cubitas, como vemos ahora, es muy significativo.

31. Nina. M. Scott, ob. cit., p. XXI.

32. Susan Kirkpatrick, ob. cit., p. 173.

33. Steven Skattebo, ob. cit., pp. 188-9.

34. *Ibidem*, p. 194.

35. *Ibidem*, p. 195.

36. En su lectura de la novela, Kirkpatrick argumenta que «Sab, Teresa y Carlota forman un agrupamiento unificado, no por rivalidad de un objeto de amor, como en los triángulos convencionales, sino más bien a través de valores compartidos y una experiencia común de impotencia dentro de la estructura social» (ob. cit., 147). Yo sitúo un triángulo diferente en mi interpretación, que incluye a Martina como opuesta a Teresa. Así, Kirkpatrick y yo enfatizamos

Mujeres, nativos y esclavos en *Sab*: espacio privilegiado y otredad colonial en el hecho de que la Avellaneda crea esa tríada para promover una forma de intersubjetividad y un sentido de comunidad. Kirkpatrick concluye que Sab, Carlota y Teresa «constituyen el sujeto de la novela como una tríada, una unidad fragmentada, pero misteriosamente completa que al mismo tiempo proyecta la imagen de división del ser romántico y promociona los valores de la intersubjetividad». Por mi parte, yo argumento que Sab, Carlota y Martina fusionan sus intereses para promover el ideal de igualdad, libertad y transculturación necesario en la futura identidad nacional.

37. Vera Kutzinsky, ob. cit., p. 5.

38. Una importante distinción entre el examen de mestizaje de Vera Kutzinsky y el que encontramos en *Sab* consiste en que aquel considera las repercusiones de la mezcla racial solo en el cuerpo y la sexualidad de la mulata, mientras que *Sab* las consigna a la figura del hombre racialmente mezclado. Una investigación de tan interesante inversión de percepciones en Gómez de Avellaneda sobre género-estatus con respecto a la figura del mulato-mulata reclama un estudio aparte.

© TEMAS, 2012